



del chunchún a la chundata

por Santiago AIZARNA

Para los que nacimos con los dos pies izquierdos, como aquel protagonista de un cuento de P(elham) G(renville) Wodehouse, la cosa no tuvo nunca demasiada importancia. Y es porque los que nacimos de esta guisa siempre hemos visto a los bailones como seres peonzas, como perinolas, trompas o chibas que se mueven al son que les tocan, escapados todos de la ciudad de Hamelín, a donde llegó cierta vez aquel flautista mágico y, en primer lugar les dejó sin ratones, y en segundo sin niños, por lo que hay que felicitarle más por el segundo que por lo primero.

Los que hemos nacido con los dos pies izquierdos hemos tenido siempre un concepto muy radical sobre los hombres normales que van a una zapatería y piden ese par de zapatos que han visto en el escaparate.

Esos, los que están al lado de esos mocasines.

De qué número?

Traiga el 40 y el 41 para probar.

Ellos pueden hablar de los zapatos en plural, y, generalmente se quedan con el número 38, que es el pie de los bailones, un pie pequeños, ceñido, prieto, como un pequeño animal vivo y palpitante. Hablar en plural es una cosa muy importante. Hablar en plural significa que

todos somos iguales, que todos pensamos lo mismo, que todos vestimos lo mismo, que todos calzamos lo mismo, que todos bailamos la mismo, pero nosotros no podemos hablar en plural, y con lo único que contaremos para defendernos será con la burla, con la que, mientras intentamos herir, notaremos cómo algo nos sangra por dentro. Ellos, mientras tanto, son tan felices, y nuestra burla les resbala por los flancos; se les cae a los pies, a esos pies que, exultantes, ingravidos, ágiles, alados, aplastan todo lo que se les pone al paso, y sólo reconocen como mentor y guía a esa música que se cimbra en su oído con cadencias, con melodías, con dulzuras; que se les entremete, como una cuña, en el corazón fácil y blando, y hasta perfumado, y sus cuerpos son como magnolias que se abren, y no han olido nunca la pestilencia de ese río que, va hacia la mar cercana (que es el morir, por supuesto que sí, hermano Manrique), mientras las niñas cantan en las calles de lunas incipientes su

A qué huele el río,
matarile, ríle, ríle

y el murciélago de las noches de verano se va hartando de la cantidad de insectos que se tropiezan a su vuelo, murciélagos errátiles que se quiebran de pronto, y caen y dan un salto inverosímil en el aire, como pájaros de

goma batidos como pelotas, y entra el tranvía —hierro, estrépitos y chirridos—, por el lado derecho de la alameda, va ciñendo a los bailones y al quiosco con su brazo de hierro, y sale a la calle de los vehículos automóviles, a la carretera, a la altura de eso que fue batzoki y volvió a ser batzoki, que la contumacia es una virtud vasca, y cuando alguien inventó una palabra tan bonita, por los siglos de los siglos vivirán las palabras y sus significados, y amén dijo el cura párroco al terminar su homilía sobre la resurrección de la carne y la vida eterna, que es la única apreciable en la distancia de la forma en que la ponen la otra.

Habían salido pues, los muchachos y las muchachas de su pueblo zahareño, colocado allí, en las alturas, entre el monte que asalta con piedras al cielo y el valle de verdes, mucho antes de que nadie tuviese ninguna idea ni del chunchún ni de la chundata, mucho antes también de que las inpernuko—auspoas se iniciasen en sus asmáticas oriflomas musicales, y se llegaron a la plaza y encontraron que una vieja aña, arrancada de un sueño de Goya bailaba con el niño, arriba los zancajos de flacura, arremetida la proa de la quijada sobre los vientos calmos de la plaza, mirándola las piedras concurrentes desde el aburrimiento, y unas parejas de mocosas alzando las manos en el aire y pisando el lagar de las losas en el recodo en que mana el agua generosa desde la boca de los leones, y en donde a la atardecida tiene el viento una como agradable manía de presentarse fresco, de visita, acariciando aladares, internándose por entre las faldas ceñidas y sofocando ardores. Ese viento de la atardecida era una buena persona, jovial eso sí y con los barruntos eróticos bastante mellados, que no es cosa de ir siempre como de nuevo entre tantas faldas y tantas piernas que es que uno se cansa la verdad, y si no fuera por las esquinas de sombra ni siquiera podría llegar con frescor como se agradece que llegue.

Chica, esto me parece un cementerio —que le dijo la Joshepa a la Tiburchi, que fue cuando ésta vio, cómo por la esquina de la plaza venían el vicaiyua y don Pranchiscu, y entre ellos la cana cabeza de don Senén, flotando de uno a otro manteo, de una a otra teja.

Goazeman neska emendik, —que le dijo ahora la Tiburchi a la Joshepa—, emen etzion ezer egiterik eta...

Y esperaban el autobús en medio de la plaza del chunchún, que nunca pudo llegar dicen las historias y las leyendas y el diálogo de los hombres en las tabernas frente al litroerdi de vino, ese otro camino de hierros que se alargan en la lejanía, y que es paralelo a todos los otros caminos que van a cualquier parte, pero que son caminos que no se sabe de dónde vienen, ni a dónde van, o si se sabe que es peor; se sabe que hay una tufarada de malsanas costumbres viniendo con el ferrocarril, asomando sus lascivas pechugas de gallináceas sobre la ventanilla a pesar de que bien claro que se dice que es

peligroso asomarse al exterior, y uno no sabe si es verdad lo que dicen las historias y las leyendas, si es verdad que no vino el ferrocarril para traer liviandades y llevarse inocencias por el camino de la velocidad y el progreso por culpa de vicayua y de don Pranchiscu y de don Senén y algún otro errikosheme distinguido, o si fueron las hijas de maria, todas en bandada, todas en congregación, las que tuvieron miedo de sus propias virginidades, o se sabe también que cuando se cita al peligro el peligro acude, el peligro es un toro pastueño hasta la hora del envite, que cuando arremete es una fiera de belfos espumeantes, de pelos hirsutos cabalgando sobre los agudos pirineos de su espalda, de pezuñas que brincan un jubiloso ballet de muerte; el peligro es una amarilla esquizofrenia que nos produce una placentera titilación ahí por la séptima ranura intercostal izquierda y que espumarajea el livor de labios de los angorosos; el peligro es eso que no ven la Joshepa y la Tiburchi cuando se suben al matalón autobús que ahora lo único que tiene que hacer es tirarse cuesta abajo, pero a pesar de eso le crujen las maderas que es que le cruje el alma y traquetean los asientos, y Miel, el conductor va inclinando el cuerpo contragravitatoriamente en las curvas sin peraltes, no se vayan a perderse los maderos del coche por la erreka, y mira de soslayo si esa pareja de vejetes que ya estuvieron sentados media hora de espera y se durmieron al fin, han conseguido despertarse pero que siguen dormidos como anticipo de su muy próximo dormir eterno.

Cuando bajaron del armatoste aquel allí vieron a la Engrashi y a la Roxali y a la Anchoni; y a la Pepita, y a la Terresha, y a la Juani; y a la Cristina, y a la Beñarda que bailaban ya no como la María de lureteguía en el aquelarre de Cigarramurdi a los sonos de la flauta y tamborino ejecutados por Joanes de Goyburu y Juan de Sansin, o en el monte Jaizquibel, delante de la ermita de la Señora Santa Bárbara, la Inesa de Gaxen, María de Echagaray, la María de Garro y la María de Yllarra, y otras, o como la Marichuloco en Pasaje, saltando como las cabras que retozan entre riscos, sintiendo en las pezuñas ese ardor del pie que bate con fuerza sobre el suelo, elevando en el aire las aspas de los brazos que eso estaba bien para el pueblo zahareño, colocado allí, en las alturas, entre el monte que asalta con piedras al cielo y el valle de verdes, pero no para esta plaza de la Chundata, en medio el quiosco de donde emana una música de pasodoble que permite agarrarse al macho con osadía y no esperar a que se esté derrengada sobre los prados vecinos a que se sientan sobre el cuerpo las cautelas de manos que avanzan, y luego las sin-cautelas todas de un cuerpo que pesa sobre el vientre, de linfas que manan de no se sabe qué recónditos veneros, de labios que se abren sobre otros labios, de dientes que muerden esa esquina sutil donde duerme la malicia amorosa, justo a medio camino de la nuca y de la oreja donde liban el placer de la prójima los grandes amadores, donde busca también el conde su ración y dosis de sangre, y el cuerpo de ella se



siente en despojo y feliz, a partes iguales entre el descanso y el placer, con una vaga sensación filiforme de trémolo por la entropierna, que los altares donde se practicó el sacrificio siguen vibrando aún unos momentos más en el ritual cuando ya el sacerdote desapareció por el escotillón del olvido.

Aquí, en la plaza del quiosco y de la Chundata, a espaldas del banco de azulejos de colores y publicitaria, era el reinado de la música, de la orquesta que eleva en el aire lánguidos compases y arpegios acariciantes, allí la trompa, y la viola, y el chelo, y la corneta, y el saxofón, y el clarinete, y el oboe, y el fagot y hasta la cornamusa, mientras el cuerpo se agarra al otro cuerpo, se apalanca, y se hunde y se encaja, y vuelve a surgir, nuevamente, los veneros mágicos del amor, que ya lo saben allí, en la plaza del chunchún, donde suena todavía la siringa, no pánica, sino honestamente sugerida por apacibles costumbres y tradiciones, no túrpida como esta sugerencia de la plaza de la Chundata, el vicayua, y don Pranchiscu y don Senén lo que suele ocurrir en los atardeceres de las fiestas de guardar, cuando suena la música del fox-trot y se ha venido por el sendero montaraz y agreste soñando con los brazos de Celedonio, o de Prashcu, o de Permiñ, y se ha visto, cómo, en el cerezo del camino, dos pájaros, pájaro él pájara ella, picaban entrambos de la misma guinda...